



## CAPITULO IV.

Opinion sobre el cura Hidalgo. — Se combate la de los que pretenden que su intencion era establecer una república. — Causas que movieron al cura Hidalgo y sus compañeros á levantar el estandarte de la insurreccion. — Nuevos gefes que se presentan en la escena despues de la desaparicion de aquellos. — La revolucion se propaga á las provincias de Guadalajara, Zacatecas, Méjico, Oajaca, Puebla, Veracruz, San Luis y Durango. — Nuevo sistema que adoptan los sublevados para hacer la guerra. — Rayon, reconocido gefe de la revolucion. — Organiza un gobierno para que sirva de centro comun. — Junta de Zitácuaro. — Porque se llamó así. — Monte Cópore. — D. Ramon Rayón. — D. Agustin Itúrbide. — Comienza á distinguirse en las filas de los opresores. — Los curas Morelos y Matamoros. — Principian á hacerse célebres en las filas de los patriotas. — Carácter, valor y prendas del cura Morelos. — Expedicion contra Acapulco. — Ejército que forma. — Derrota en *Tres-Palos* á Don Francisco Paris. — Valor é instruccion del cura Matamoros. — Accion brillante dada por este en San Agustin del Palmar. — Ataque que dió en las cercanías de Valladolid. — Fue hecho prisionero. — Proposicion de cange en favor suyo hecha por el cura Morelos. — Es sin embargo fusilado. — Horribles represalias. — El cura Morelos es reconocido por todos gefe de la insurreccion. — Apodérase de todas las plazas que hay desde Chilpacingo hasta Acapulco. — Sitio glorioso que sostiene en Cuautla. — Nuevos refuerzos enviados por el gobierno de la Península. — D. Guadalupe Victoria. — Pérdidas que ocasiona con su partida á los Españoles en las cercanías de Veracruz. Osorno y Gomez gefes tambien de partidas en el camino de Méjico. — Gefes del pais, principal columna de la resistencia española. — Célebre periódico titulado el *Ilustrador Americano* — El Dr. Cos y Don Andres Quintana Roo sus redactores. — Decretos de las cortes favorables á las libertades públicas. — Que efecto causan en América. — Conducta opresiva de los virreyes sostenida por la Regencia de la Península. — Persecucion contra los defensores de las libertades holladas. — Extiéndese la persecucion contra las mugeres de los patriotas. — Méjico foco principal de las conspiraciones. — Descúbrese la urdida contra el virey Venegas. — Prision del jóven Ferrer. — Su suplicio. — Nuevas víctimas. — Policía severa. — Encarnizamiento entre los patriotas. — Desolacion general. Odio que llega á inspirar el nombre Español. — Tribunal sangui-nario.

Estoy muy lejos de pretender disminuir en nada el mérito de los primeros héroes de la independenciam de mi patria. Pero siendo el primer deber de un historiador

no omitir ninguna de las circunstancias que den á conocer los sucesos y las personas en toda su extension, hablaré de aquellos y de estas con la imparcialidad que exige el conocimiento que tengo de los hechos, y debo á la posteridad al enterarla de los primeros pasos que dió el pueblo megicano en la carrera de la independendencia.

En el capítulo anterior dije, que al proclamar el señor Hidalgo la revolucion, no publicó plan ninguno, ni hizo manifiesto que diese á entender sus intenciones. Los que escriben con ligereza suponiendo en otro sus propias opiniones, han dicho que este eclesiástico deseaba establecer una república, como la que despues se ha querido consolidar en los Estados-Unidos megicanos. Pero es evidente que este célebre coriféo no hizo otra cosa que poner una bandera con la imágen de Guadalupe y correr de ciudad en ciudad con sus gentes, sin haber indicado siquiera que forma de gobierno queria establecer. Yo creo que ni él ni los que le acompañaban tenian ideas exactas sobre alguna forma de gobierno, y que tal vez la teocracia era la que les pareceria mas regular y mas conveniente, aun que sin otra idea de ella que lo que sabian de los libros sagrados. El cura Hidalgo hizo un acto de heroismo al levantar la cabeza sobre sus conciudadanos; pero es evidente que si hubiese presentado las bases de un sistema social; si en vez de animar á la matanza de los Españoles y á los saqueos, hubiese hecho retirarse á los Indios y organizado sus tropas: ofrecido garantías y hablado, como debia hacerlo, por manifiestos y proclamas, el triunfo de la causa hubiera sido seguro en su principio. Pero el horror que causaron los asesinatos cometidos en Guanajuato, Celaya y otros puntos: el temor de perder sus propiedades los que habian oido el desórden que reynaba, y la incertidumbre del

término que tendria aquel movimiento tumultuario, hizo al gobierno español mas partidarios que todas sus precauciones. Aunque despótico, ofrecia al fin seguridad á las propiedades, y un órden regular y conocido. Estos corifeos fueron probablemente movidos por un sentimiento noble de orgullo nacional á sacudir el yugo de una tiranía monstruosa. Sabian que el gabinete de Madrid habia prohibido las manufacturas de ciertos efectos; que habia mandado destruir las viñas en el Parral: el cura Hidalgo era aficionado á las artes, y cultivaba el mismo hermosos viñedos. Sabian que los eclesiásticos americanos no podian nunca aspirar á las grandes dignidades reservadas únicamente á los Españoles. Hidalgo, Balleza, Morelos, Verduzco, Correa y otros, eran eclesiásticos y no querian sufrir este abatimiento: lo mismo se puede decir de los militares y demas clases. Para sentir esto no se necesitaba saber mucho; pero para hacer una insurreccion era preciso estar dotados de un carácter superior, de una alma elevada, de una fuerza de espíritu capaz de sobreponerse á los obstáculos que oponia un sistema de opresion tan bien combinado como el del gobierno español. Estas cualidades no podrán disputarse á estos hombres ilustres.

Desaparecieron Hidalgo, Allende y otros caudillos, y aparecieron en el mismo año el señor D. Ignacio Rayon, el cura D. José Maria Morelos, el cura Matamoros, el ilustre D. Vicente Guerrero, D. Nicolas Bravo, D. Manuel Mier y Teran, y D. Guadalupe Victoria en diferentes puntos á la cabeza de patriotas armados por la misma causa. El año de 1811 ya la revolucion se habia extendido por las provincias de Guadalajara, Zacatecas, Méjico, Oajaca, Puebla, Veracruz, San Luis y Durango. No se presentaban ya esas masas indisciplinadas

das y tumultuosas, que solo servian para dar nuevos triunfos al enemigo. Las desgracias enseñaron á los patriotas á emprender otro género de guerra menos decisivo, pero mas seguro. No es mi ánimo referir les acciones particulares y batallas que se dieron durante el periodo de diez años y medio que duró esta lucha, hasta el decisivo grito de Yguala, dado por D. Agustin de Itúrbide en febrero de 1821. Me reservo escribir estos sucesos, cuando restituido á mi patria tenga presentes todos los documentos. Hablaré sobre los principales acontecimientos y las personas que intervinieron hasta la época de Yguala.

Lo primero que creyó conveniente el señor Rayon, luego que quedó gefe de la revolucion, reconocido como tal, fué establecer un gobierno que pudiese servir de centro de accion á todos los movimientos. Nombró él mismo los individuos de la junta de Zitácuaro, llamada así por ser el lugar de su primera residencia; esta villa se halla situada en el estado de Michoacan, teatro de acciones sangrientas, y á las cercanías de un famoso monte llamado Cópore, fortificado por los patriotas bajo la direccion de D. Ramon Rayon, hermano de D. Ignacio. Este y Zitácuaro fueron por mucho tiempo el centro de las operaciones militares, y en donde se estrellaron las fuerzas del gobierno español, cuantas veces intentó tomar aquella fortificacion. Este era tambien el asilo de los patriotas derrotados frecuentemente, y del gobierno provisional megicano, despues de haber pasado de Zitácuaro á las lagunas de Jaujilla y otros puntos. El señor Rayon mantubo por mas de un año el fuego sagrado oponiendo siempre en compañía de sus dos hermanos y de otros patriotas, una resistencia obstinada á las empresas y ataques constantes de las tropas realistas. En-

tonces comenzó á distinguirse en las filas de estas D. Agustin de Itúrbide, fiel servidor de los opresores de su patria, y uno de los enemigos mas temibles de la causa americana por su valor é infatigable actividad. Este hombre, que despues adquirió una grande celebridad por haberse puesto ocho años despues á la cabeza de estos mismos que combatia, y que se alucinó hasta el grado de hacerse nombrar emperador, era de la provincia de Valladolid de Michoacan, de una familia distinguida. Muy jóven aun, pues apenas tendria treinta años, se distinguió por el espacio de nueve por sus acciones brillantes en la campaña, y por su crueldad contra sus conciudadanos. Los Megicanos no pueden olvidar sus matanzas de Celaya y Salvatierra, ni el número de víctimas que sacrificó despues de haberlas hecho prisioneras. Hablaremos mas largamente despues de este célebre personaje.

En las filas de los patriotas comenzaron entonces á hacerse notables ( 1811 ) los curas Morelos y Matamoros. El primero perteneciente á la clase de los indigenas se distinguió por su valor, su serenidad en los combates, su constancia en las empresas, y mas que todo por un patriotismo puro y desinteresado que lo hacian tan respetable como temible. Sin ninguna instruccion, debió á la nobleza natural de sus sentimientos, á la energía de su espíritu, á una alma verdaderamente grande, las virtudes cívicas y brillantes cualidades que lo distinguian. Desde el mes de noviembre formó una expedicion contra Acapulco, compuesta en su principio de ciento y tantos Indios mal armados, y este hombre extraordinario en poco mas de un mes ya tenia fuerzas suficientes para hacer frente á las tropas disciplinadas de los realistas, y bastante instruccion para dirigirlas y derrotar en *Tres Palos* á D. Francisco Paris que mandaba la quinta

division, cuyas armas y parque cogió con muerte de su gefe : tomó poco despues á Acapulco depues de un sitio formal de esta ciudad. El señor Matamoros era un eclesiástico de mas instruccion y de un valor superior á todos sus contemporáneos, si se exceptua á Galeana : esta última cualidad era la que aparecia en él con mas brillo. En octubre de 1813 dio una accion brillante en S. Agustin del Palmar provincia de Puebla, en la que derrotó á los comandantes españoles Cándano y Martinez cogiéndoles 400 prisioneros y matándoles mas de 200 hombres del regimiento de Asturias: en otras muchas acciones se distinguió tambien. Pero el ardor con que obró en el ataque dado en las cercanías de Valladolid en Enero de 1814 contra las tropas mandadas por Ytúrbide le fue fatal y este valiente campeon fue perdido para los patriotas habiendo caido prisionero. El Sr. Morelos ofreció doscientos prisioneros que tenia en cange de su ilustre compañero : acompañó á esta proposicion la amenaza de una *represalia* en caso de que se atentase contra la vida de este gefe : pero la obstinacion y crueldad española no dió oídos á esta propuesta. Matamoros fue fusilado , y los prisioneros españoles lo fueron tambien. ¡ Terrible ejemplo de severidad exigida por las mas crueles circunstancias ! El señor Morelos no era sanguinario, y solo obraba así cuando la conducta de sus enemigos le ponía en la precision de serlo.

A principios de 1812 el cura Morelos concibió el proyecto de ponerse á la cabeza del movimiento nacional y formó un egercito respetable. Todos le reconocieron como el primer gefe de la nacion, el señor Rayon incluso, que no podia entrar nunca en competencia con un hombre tan extraordinario. Tomó las plazas que hay desde Chilpancingo hasta Acapulco, cuya ren-

dición fue muy reñida, y dio nuevo realce á su reputación. En las cercanías de Méjico, sostuvo un sitio que hubiera acreditado á cualquiera general, hablo del de Cuautla de Amilpas á veinte leguas de la capital. Diez mil hombres bajo el mando de los generales Calleja y Llano rodearon al general Morelos en esta villa. Cuautla no está defendida por ningun lado, pues un río que pasa por la parte del Norte es vadeable en todas estaciones. Cércas de piedras, y arboledas con fosos mal contruidos, eran toda la defensa del ilustre campeón megicano, cuyas fuerzas no llegaban á dos mil hombres. Muchos meses resistió á un enemigo acostumbrado á triunfar de las tropas indisciplinadas de los insurgentes, y despues de burlar sus esfuerzos hizo una retirada tranquila, sin que el gefe español osase perseguirlo. La fama del héroe se llevó entonces hasta las estrellas: un entusiasmo general ocupaba los espíritus de los criollos. En Méjico mismo se cantaban los elogios del campeón nacional, y su nombre era ya una señal de triunfo para los Megicanos.

Entretanto los peninsulares reducidos en España á la Isla de Leon y Cadiz por las tropas francesas, enviaban soldados á Méjico para sostener su dominacion. En 13 de mayo de 1812 llegaron varios regimientos que componian hasta tres mil hombres, y sucesivamente fueron enviando nuevos refuerzos que perecian por la peste y las acciones que tenian que sostener desde la salida de las garitas de Veracruz: Asturias y Lobera fueron los primeros. D. Guadalupe Victoria presidente que fue de los Estados-Unidos megicanos desde 1824 hasta abril de 1829, se habia puesto á la cabeza de las guerrillas entre Veracruz y Jalapa. Este patriota mantubo en aquellos puntos este género de guerra por muchos años,

y recibia á los nuevos huéspedes con menos cortesía que los Zempoales á los Españoles de Cortes. Siempre tenían que sostener varios ataques antes de llegar á Jalapa, y muchas veces eran detenidos algunos meses cuando el Puente del rey, hoy Puente nacional, estaba ocupado por los insurgentes. Despues de Jalapa encontraban las partidas de Osorno, Gomez, y otros gefes de pequeñas partidas que los molestaban siempre antes de llegar á Méjico. Pero estas fuerzas auxiliares enviadas de la Península eran insignificantes. Toda la resistencia consistia en las tropas del pais de que disponia el virey, sin las cuales no podia sostenerse la dependencia ni un solo mes. Los coroneles D. Anastasio Bustamante, D. Miguel Barragan, D. Manuel Gomez Pedrazá, D. Luis Cortazar, D. Agustin de Ytúrbide: los generales Armijo, Andrade, Rincon y otros gefes de menos graduacion, todos hijos del pais y alucinados por la causa del rey, como ellos la denominaban, eran las verdaderas columnas del poder español. Su crédito mantenía á los soldados mexicanos en sus filas; peleaban bajo sus órdenes y hacian prodigios de valor contra sus hermanos y los intereses de su patria. No es creíble que estos oficiales mexicanos estuviesen ilustrados sobre los principios de su conducta: una educacion puramente militar, lecciones de obediencia pasiva, ausencia de todos los conocimientos sociales, preocupaciones de religion, intereses de familia, hábitos inveterados, eran vínculos que no podian romper, obstáculos insuperables. Así se puede explicar aquella obstinacion ciega en pelear muchas veces contra sus hermanos, padres y deudos: aquella tenacidad en sostener los derechos de los que oprimian su patria y trataban á sus conciudadanos como á esclavos. El verse asociados con los señores del



país, llamados á tomar parte aunque pequeña en los destinos públicos, bastaba para contentar una ambición mezquina: una ambición baja que se satisface con gozates físicos, se alimenta de galones y charreteras doradas, de cruces y de distinciones cómicas. Luego veremos á estos mismos hombres entrar en una carrera más noble, llevando siempre consigo una gran parte de sus preocupaciones y sus hábitos, pero dando una dirección opuesta á su influencia, á su valor, y á sus ideas.

(1812) A fines de este año el señor D. Ignacio Rayon, de quien ya he hecho mencion, se habia situado con sus tropas en el cerro de Tenango con 25 piezas de artillería. Los insurgentes habian podido adquirir una imprenta que establecida en Sultepec, residencia de su junta nacional, sirvió entonces para publicar el célebre periódico titulado el *Ilustrador Americano* en el que las brillantes plumas del Dr. Cos cura de S. Cosme de Zatecas, y de D. Andres Quintana Roo, abogado de Mérida de Yucatan, sostenian la causa de la independencia, abrumaban á las autoridades españolas con el peso de sus ratiocinios, y generalizaban los conocimientos entre sus conciudadanos. « Los muchos ejemplares de dicho periódico, dice el historiador español Torrente, que se introducian furtivamente en la capital á pesar de la vigilancia de la policía, pero aun más la proximidad de las tropas de Rayon, inspiraban confianza á los ocultos sediciosos quienes se fugaban diariamente para reforzar las filas contrarias, al paso que con su hipocresía y fingido celo, introducian el mayor desaliento en el ánimo de los buenos militares realistas, á los que con su seductora elocuencia presentaban el aspecto de los negocios de un modo tan lastimoso que daban á entender iba á ser inútil toda resistencia al pronunciamiento general de

una nacion que habia jurado ser libre é independiente. » Así se explica este escritor de Fernando séptimo sobre la disposicion de los ánimos en aquella época; y es evidente que sin las disensiones de los gefes entre sí, y con un poco mas orden en sus tropas, la revolucion hubiera tenido en 1812 el resultado que hemos visto en 1821 bajo la direccion de D. Agustin de Ytúrbide.

La Regencia española enviaba tropas á las Américas para sostener el despotismo de los conquistadores, y las Córtes discutian la *constitucion* y los decretos mas favorables á las libertades públicas. Cada dia se expedian órdenes y leyes que tenian por obgeto asegurar á los ciudadanos en sus derechos, protegerlos contra la fuerza militar, ilustrarlos sobre sus mas caros intereses, hacerlos sacudir el oscuro yugo de la supersticion; y estas leyes, estos decretos, estas discusiones luminosas que se transmitian á las Américas, impulsaban á los Mexicanos á declararse mas fuertemente contra un poder que los oprimia, que no obraba conforme á las leyes que emanaban de las Córtes, y que de consiguiente no tenia en su apoyo ni la justicia ni la legitimidad. Secretamente sin embargo se dirigian otras órdenes por la Regencia, que tenian por obgeto autorizar á los vireyes á obrar con la plenitud de autoridad con que lo hacían, sin consultar mas que la conveniencia de su posicion, modificada naturalmente por su carácter mas ó menos sanguinario; ¿No era esto burlarse de las cosas mas respetables entre los hombres, y engañar á un pueblo generoso? ¿No era tender lazos al candor y á la buena fé de aquellos que creyendo sinceros á los Españoles, se entregaban con toda confianza á sus deseos de ilustrar á sus conciudadanos sobre sus derechos? ¿Como podran justificarse estos actos de perfidia, en un gobierno que

hacia profesion de los principios liberales? Muchos mesticanos fueron víctimas de su zelo, bajo la aparente proteccion de leyes liberales. En mi provincia fueron puestos en calabozos por tres años, D. Jose Matias Quintana, D. Jose Francisco Bates, D. Manuel Ximenez, D. Lorenzo de Zavala y otros, por haber escrito en favor de muchos derechos hollados por los gefes españoles. En Méjico se hacia mas: muchos perecieron en las cárceles, y los que querian evitar el castigo corrian á las filas de los insurgentes á tomar parte en sus riesgos y fatigas. El bello sexo no estaba exento de estas persecuciones. Doña Maria Leona Vicario, esposa de D. Andres Quintana Roo, se escapó de la prision en que estaba en un convento para ir al campo de los patriotas, en donde estuvo muchos años expuesta á las fatigas y riesgos de una guerra destructora. Su esposo contribuia con su brillante pluma á ilustrar á los Americanos, y á sostener su causa delante del mundo civilizado, y ella sacrificaba su reposo y una fortuna inmensa á la libertad de sus conciudadanos. La Sra. Dominguez, esposa del corregidor de Queretaro, sufrió igualmente muchos años de prision separada de sus tiernos hijos, y la Sra. Lazarin tubo la misma suerte. Muchas otras señoras se distinguieron por su patriotismo y sacrificios, y el gobierno vireynal no respetaba ni los derechos naturales de un sexo delicado, ni las consideraciones que se deben á esta bella porcion del género humano.

Tantas crueldades, tantas persecuciones, tantas perfidias engrosaban el partido nacional diariamente. Méjico vino á ser el foco de las principales conspiraciones. Muy memorable es la de agosto de 1811, cuando se intentó sorprender al virey Venegas en el paseo de la Viga, para conducirlo al campo enemigo. Varios individuos de la

capital entraron en este proyecto atrevido y arriesgado. Desgraciadamente fue descubierta la conspiracion, y el licenciado Ferrer, joven abogado de instruccion, y apreciado entre sus conciudadanos por sus virtudes y patriotismo, fue conducido al suplicio en medio de un duelo general, y ejecutado en la plaza de Miscalco, aunque nunca se le probó tener parte en la conspiracion, cuyos autores principales evitaron el castigo con una fuga anticipada. Perecieron tambien Ignacio Cataño, J. Mariano Ayala, Antonio Rodriguez Lonzo, Felix Pineda, y Jose Maria Gonzalez. Jamas se vio en aquella gran ciudad una consternacion mas universal: jamas el terror se habia presentado mas sediento de víctimas. Méjico gemia bajo sus opresores, y ninguno osaba reclamar la justicia nacional. La policia era tan severa, como sus agentes vigilantes: el espionage estaba en toda su fuerza. Una palabra era bastante para ser conducido á una prision, la tristeza sola de la esclavitud era un delito. *Hominem bonis publicis mæstum*, como decia Tácito. Y ¿como deberia estar una sociedad en donde todas las familias estaban divididas, en donde muchas tenian hermanos ó parientes en las filas opuestas, en que los sentimientos estaban tan encontrados como divididos? La guerra civil no se ha presentado quizá nunca con tan horribles caracteres.

La capital estaba sumergida en el llanto, y en los campos peleaban las tropas de ambos partidos con un encarnizamiento que parecia furor. Pocas veces habia cuartel, y lo regular despues de las acciones, era el que fuesen fusilados los prisioneros. Pueblos enteros eran reducidos á cenizas: las haciendas no solo eran saqueadas, se daba fuego á todo, se arruinaban los edificios, quedaban inútiles para siempre. Unos y otros hacian lo

mismo : las tropas del rey se distinguían por su encarnizamiento contra los habitantes. Los nombres de Calleja, de Concha, de Trugillo, de Evia, de Cruz y de otros gefes españoles hacen temblar todavía á los vecinos de las comarcas en que egercieron sus crueldades. Los niños de pecho, las mugeres embarazadas, los ancianos, todos los que no podían fugarse á la entrada de estos oficiales con sus tropas, eran embasados con las bayonetas, con los sables y las lanzas. La sangre corría sin otro fruto que el de aumentar las represalias y hacer más profundos los resentimientos. Los Megicanos aborrecían el yugo español, y no podían querer á los que los oprimían; pero despues de estas escenas de horror, de estos espectáculos sangrientos que se repetían diariamente en toda la extension del país, el odio se convirtió en furor : los Españoles eran detestados, y como el pueblo juzga por las masas, y no por los individuos, un español cualquiera y enemigo eran sinónimos, aunque habia algunas excepciones con respecto á las personas. Entre los insurgentes mismos habia peninsulares que abrazaron con zelo su causa, y otros que conocían su justicia aunque ejercían cargos se distinguían por su humanidad y servicios en su favor : es verdad que esto era muy raro. Lo mas comun fue ver los Batalleres, los Aguirres, los Riveras componer un tribunal sanguinario y condenar en él al suplicio á aquellos que se habían podido escapar del exterminio de los gefes militares. Estos magistrados cometían bajo el aparato de las fórmulas judiciales horribles atentados contra las vidas y los bienes de innumerables Megicanos. ¿ Sera extraño despues de esto, ver durar por mucho tiempo el odio de los criollos contra sus antiguos opresores ? Hablaré de esta materia en su lugar.